Material de apoyo. Clase 1. Escuelas Poéticas

1.- Bartolomé Leonardo de Argensola (Barbastro 1561- Zaragoza 1631)

Yo os quiero confesar, don Juan, primero,

que aquel blanco y color de doña Elvira

no tiene de ella más, si bien se mira,

que el haberle costado su dinero.

Pero tras eso confesaros quiero

que es tanta la beldad de su mentira,

que en vano a competir con ella aspira

belleza igual de rostro verdadero.

Mas ¿qué mucho que yo perdido ande

por un engaño tal, pues que sabemos

que nos engaña así Naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos,

ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande

que no sea verdad tanta belleza!3

2.- Rodrigo Caro (Sevilla 1573-1647)

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora

campos de soledad, mustio collado,

fueron un tiempo Itálica famosa.

Aquí de Cipión la vencedora

colonia fue; por tierra derribado

yace el temido honor de la espantosa

muralla, y lastimosa

reliquia es solamente

de su invencible gente.

Sólo quedan memorias funerales

donde erraron ya sombras de alto ejemplo

este llano fue plaza, allí fue templo;

de todo apenas quedan las señales.

Del gimnasio y las termas regaladas

leves vuelan cenizas desdichadas;

las torres que desprecio al aire fueron

a su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,

impío honor de los dioses, cuya afrenta

publica el amarillo jaramago,

ya reducido a trágico teatro,

¡oh fábula del tiempo, representa

cuánta fue su grandeza y es su estrago!

¿Cómo en el cerco vago

de su desierta arena

el gran pueblo no suena?

¿Dónde, pues fieras hay, está, el desnudo

luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?

Todo desapareció, cambió la suerte

voces alegres en silencio mudo;

mas aun el tiempo da en estos despojos

espectáculos fieros a los ojos,

y miran tan confusos lo presente,

que voces de dolor el alma siente,

Aquí nació aquel rayo de la guerra,

gran padre de la patria, honor de España,

pío, felice, triunfador Trajano,

ante quien muda se postró la tierra

que ve del sol la cuna y la que baña

el mar, también vencido, gaditano.

Aquí de Elio Adriano,

de Teodosio divino,

de Silo peregrino,

rodaron de marfil y oro las cunas;

aquí, ya de laurel, ya de jazmines,

coronados los vieron los jardines,

que ahora son zarzales y lagunas.

La casa para el César fabricada

¡ay!, yace de lagartos vil morada;

casas, jardines, césares murieron,

y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta

la vista en luengas calles destruidas;

mira mármoles y arcos destrozados,

mira estatuas soberbias que violenta

Némesis derribó, yacer tendidas,

y ya en alto silencio sepultados

sus dueños celebrados.

Así a Troya figuro,

así a su antiguo muro,

y a ti, Roma, a quien queda el nombre apenas,

¡oh patria de los dioses y los reyes!

Y a ti, a quien no valieron justas leyes,

fábrica de Minerva, sabia Atenas,

emulación ayer de las edades,

hoy cenizas, hoy vastas soledades,

que no os respetó el hado, no la muerte,

¡ay!, ni por sabia a ti, ni a ti por fuerte.

Mas ¿para qué la mente se derrama

en buscar al dolor nuevo argumento?

Basta ejemplo menor, basta el presente,

que aún se ve el humo aquí, se ve la llama,

aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento;

tal genio o religión fuerza la mente

de la vecina gente,

que refiere admirada

que en la noche callada

una voz triste se oye que llorando,

«Cayó Itálica», dice, y lastimosa,

eco reclama «Itálica» en la hojosa

selva que se le opone, resonando

«Itálica», y el claro nombre oído

de Itálica, renuevan el gemido

mil sombras nobles de su gran ruina:

¡tanto aún la plebe a sentimiento inclina!

Esta corta piedad que, agradecido

huésped, a tus sagrados manes debo,

les do y consagro, Itálica famosa.

Tú, si llorosa don han admitido

las ingratas cenizas, de que llevo

dulce noticia asaz, si lastimosa,

permíteme, piadosa

usura a tierno llanto,

que vea el cuerpo santo

de Geroncio, tu mártir y prelado.

Muestra de su sepulcro algunas señas,

y cavaré con lágrimas las peñas

que ocultan su sarcófago sagrado;

pero mal pido el único consuelo

de todo el bien que airado quitó el cielo

Goza en las tuyas sus reliquias bellas

para envidia del mundo y sus estrellas.

3.- Pedro Espinosa (Antequera 1578- Sanlúcar de Barrameda 1650)

Con planta incierta y paso peregrino,

Lesbia, muerta la luz de tus centellas,

llegaste a la ciudad de las querellas,

sin dejar ni aun señal de tu camino.

Ya el día, primavera y sol divino,

de tus ojos, tu labio y trenzas bellas,

dieron al agua, al campo, a las estrellas,

luz clara, flores bellas, oro fino.

Ya de la edad tocaste tristemente

la meta, y pinta tu vitoria ingrata

con pálida color el tiempo airado.

Ya obscurece, da al viento, vuelve en plata,

de los ojos, del labio, de la frente,

el resplandor, las flores, el brocado.

4.- Luis Carrillo y Sotomayor (Baena 1585- El puerto de Santa María 1610)

Con qué ligeros pasos vas corriendo!

¡Oh cómo te me ausentas, tiempo vano!

¡Ay, de mi bien, y de mi ser tirano,

cómo tu altivo brazo voy siguiendo!

Detenerte pensé, pasaste huyendo;

seguíte, y ausentástete liviano;

gastéte a ti en buscarte, ¡oh inhumano!:

mientras más te busqué, te fui perdiendo.

Ya conozco tu furia, ya, humillado,

de tu guadaña pueblo los despojos;

¡oh amargo desengaño no admitido!

Ciego viví, y al fin, desengañado,

hecho Argos de mi mal con tristes ojos

huir te veo, y veo te he perdido.

5.- Catalina Clara Ramírez de Guzmán (Llena 1611-1663)

A un retrato de una dama

Retrato, si eres sombra ¿cómo imitar

al sol de más lucientes resplandores?

Muerto, ¿cómo están vivos tus colores?

Sin vida, ¿cómo tantas vidas quitas?

Sin cuerpo muchas almas acreditas;

Sin alma, ¿dónde forjas lo rigores?

Si Clori es sin segunda en los primores,

¿cómo darle segunda solicitas?

Eres una apariencia que recrea

(gozada de los ojos solamente),

una ilusión alegre de la idea,

un engaño que finge en lo aparente,

una ficción que el gusto lisonjea,

mentira, al fin, que a la verdad desmiente.